

biese educado, en el *Colegio de San Mateo*, a todos los literatos españoles del siglo XIX. ¡Imposible! diréis: son demasiados méritos para un hombre solo. Pues esos son los méritos de don José Joaquín ORTIZ.

En su sepulcro deben esculpirse los laureles del poeta y la corona del luchador triunfante en el más noble de los estadíos, aquel en que se combate por la fe verdadera, cuando ella es además la de nuestros padres y la de nuestros libertadores; corone el monumento la cruz redentora, estrella polar del vate, del patriota y del cristiano, y arrópelo la bandera colombiana, que tuvo a ORTIZ por amante y por cantor sublime.

R. M. CARRASQUILLA

LA GOLONDRINA

¿De dónde vienes tú con sesgo vuelo,
Alegre golondrina,
Hora que el sol el espacioso cielo
De fuego con raudales ilumina?
¿De dó vienes ahora
Que el monte y la colina
Se ornan de nueva flor y nueva grama;
Ahora que el torrente fragoroso
Por el campo oloroso
Sus claras ondas rápido derrama?
Ya pasó la estación de las tormentas,
Ya las alegres Horas van danzando,
Y de arrayán y flores mil coronas
Sobre el paterno campo derramando.

Ese que ves tan verde y tan florido,
Tu otero conocido;
Y ese en que tu ala fugitiva rasa,
Es tu claro torrente;
Y ese, tu dulce nido
Que en el alar saliente
Vuelves a hallar de nuestra pobre casa.

¡Oh! ¡sigue revolando vagarosa,
Y sobre el campanario de la aldea
Un momento reposa!
Desde allí todo el campo se domina,
Y las mieses que suave el viento orea,
Y el lejano molino, y la musgosa
Alta cruz del blanqueado cementerio
Que en medio de los árboles se empina!...
¡Tiende la vista desde allí gozosa,
Y contempla tu patria deliciosa!

Al primer trueno del oscuro invierno,
Y las lluvias primeras,
Volaste abandonando las praderas
Y tu apacible hogar y nido tierno.
¿A dónde entonces fuiste
Con ala infatigable,
Dejando atrás el horizonte triste
Cubierto de tiniebla,
En cuyo oscuro seno el sol de mayo
Mal alcanzaba a disipar la niebla,
Donde a intervalos con horror lucía
De tormentosa nube el presto rayo?

Tal vez a las regiones del Oriente
Pasaste con las brisas sonoras,
Y del Meta en la rápida corriente
Remojaste las alas temblorosas;
Tal vez desde la huta del salvaje,
O desde la alta torre ya en ruina
De la antigua misión, viste la frente

Doblar al sol detrás del horizonte
 Cual mar sin playa de la gran sabana
 De la risueña Arauca, ¡oh golondrina!
 En su tumba de azul, de oro y de grana;
 Y al revolar de la aura vespertina
 Trajo hasta ti la voz del gran Desierto
 Quejas de bosque, són de ronco río,
 Y melodioso pío
 De las aves del campo solitarias,
 Formando todo espléndido concierto
 De júbilo solemne o de plegarias.

¿Es venturoso, díme,
 El indio entre su selva primitiva,
 A quien la ley no oprime
 Y la cerviz altiva
 Tan sólo en el Desierto
 Inclina al Grande Espíritu Sublime?
 ¿O le siguen do quier las mismas penas
 Y del alma las mismas tempestades,
 Y el pobre corazón lo mismo gime
 Que en las grandes ciudades
 En medio de las vastas soledades,
 Oprimido de bárbaras cadenas?—
 ¡Oh! que también en el Desierto crecen
 Flores para adornar la sepultura;
 ¡También brillan al sol de sus sabanas
 Lágrimas de dolor y de amargura!

En mi primera edad, con la luz pura
 Del sol, en el umbral de humilde techo
 La banda de ruidosas golondrinas
 Miraba, henchido de placer el pecho,
 Ir y volver, y revolar contentas
 De la pajiza choza
 A la extensa llanura,
 Cual pasa pronta y viva
 La luz de las tormentas,
 Rozando con el ala fugitiva

Ya sobre la arboleda majestuosa,
 Ya sobre el ancho, azul, tranquilo lago,
 Ya sobre la éra antigua que llenaba
 La flor del amarillo jaramago.

Cuando era niño, en casa de mis padres,
 Dejaba yo que se muriera el día
 Y de las salas lóbregas, desiertas
 Empujaba las puertas;
 O los duros cerrojos con trabajo
 De la antigua capilla descorría,
 Y a descansar entraba
 De golondrinas banda innumerable:
 Yo de un varal larguísimo auxiliado
 Y de otros niños de mi edad seguido,
 Por techos y cornisas implacable,
 Sin respetar el inocente nido,
 A la avecilla tímida acosaba
 Que prisionera luégo
 A una cárcel tristísima pasaba.

Mi sueño sin sosiego
 Al clarear el alba interrumpía,
 Y a cortarles las alas temblorosas,
 Maligno niño, súbito corría.
 Hoy es ¡aún lo recuerdo! los chirridos
 De la avecilla dan en mis oídos,
 Y forcejando trémula la veo,
 Y aún siento entre mi mano
 De sus alas el rápido aleteo.

Una, y fue la postrera
 Infeliz prisionera,
 Con doloroso pío
 Enterneció mi alma
 Y de repente dije:
 “Pobre! ¡vuelva a su campo!” y al momento
 Abrí la débil palma,
 ¡Y ella rasgó precipitada el viento!

¿ A dónde huyó veloz el claro día
De inocencia, de paz y de contento
De la niñez afortunada mía ?
Tú volviste,avecilla venturosa,
A tu nido y los campos paternos,
Sobre el ala del aura sonora,
Pasados los funestos vendavales
Cuando en el puro ambiente se difunde
De los floridos campos la fragancia ;
¡ Mas a mi pobre corazón no vuelve
La dulce paz de su dichosa infancia!

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

MEMORIAS DE UN PEREGRINO

I

El camino

Qué grato es para el ánimo conturbado, en presencia de los numerosos problemas que actualmente preocupan a los hijos de esta amada patria colombiana, espaciar el espíritu por regiones más serenas, olvidando, siquiera sea momentáneamente, los rudos combates que a diario es preciso empeñar contra los numerosos enemigos que día por día saltan a la lisa del combate.

Es grato, decimos, sacudir por unos días la carga abrumadora, y llena el alma de ilusiones y de sana alegría el corazón, dejar atrás los recuerdos tristes entre las nieblas del *Galeras*, abandonar los graves cuidados que impone la urbe legendaria y mudar los conocidos cuadros por otros muy más hermosos y risueños que, desarrollándose ante nuestros ojos como vistas cinematográficas, al raudo andar de suaves caballerías, a par que ensanchan el horizonte físico, tan menguado y estrecho en las ciudades, dan al alma cierta dulcísima expansión, bastante a mudar la austera gravedad, anexa